



MIKE HAMMER

Bésame, moribunda

Mickey Spillane

El detective Mike Hammer recoge a una mujer huida de un sanatorio tras estar a punto de atropellarla. Poco después son embestidos por un coche que, tras dejar fuera de combate al detective, torturan y matan a la mujer para después arrojarla a ella y a Hammer por un precipicio en el coche para simular un accidente. El detective sobrevive y jura vengarse de los asesinos, lo que le llevará a adentrarse en un entramado de intereses que le enfrentará a la policía, el FBI, políticos corruptos y la Mafia.

CAPÍTULO 1

Lo único que vi fue a aquella mujer de pie, iluminada por mis faros delanteros, sacudiendo los brazos como una marioneta enorme, y lancé una maldición que llenó el coche y mis oídos. Di un volantazo, noté que las ruedas traseras derrapaban, lo solucioné pisando el acelerador y estuve a punto de caer por el borde del acantilado después de que el coche diese un trompo. Los frenos chirriaron, hicieron un surco en el arcén, devolvieron el coche al pavimento y lo detuvieron.

De alguna manera había conseguido esquivar a la chica. Había vivido de prestado unos segundos porque en vez de quitarse de en medio había intentado mantenerse ante la luz de los faros. Me quedé sentado, temblando. El cigarrillo se me había caído de la boca y había hecho un agujero en la pernera de mi pantalón, así que lo tiré por la ventanilla. Había un olor a goma quemada y frenos suspendido en el aire, como si fuera humo, y yo estaba pensando en todas las malditas cosas que siempre había querido decirle a una chiflada para tenerlas a punto cuando le pusiese las manos encima.

Pero no lo hice. La tenía al lado, dentro del coche, cerró la puerta con fuerza y dijo:

—Gracias, señor.

«Tranquilo, tío. Es una chiflada. No te abalances sobre ella. Aún no. Contén la respiración un minuto, exhala lentamente y después, quizá, ponla sobre el guardabarros y dale unos azotes en el trasero hasta que vuelva a estar en sus

cabales. Entonces dale una patada y envíala andando a su casa».

Saqué otro cigarrillo pero me lo quitó de las manos. Por primera vez vi que sus manos temblaban tanto como las mías. Se lo encendí, saqué otro para mí y también me lo encendí.

—¿Cómo puedes ser tan tonta? —le dije.

Ella habló entre dientes.

—Soy bastante tonta.

A mi espalda, las luces de otro coche estaban saliendo de una curva. Sus ojos giraron momentáneamente hacia atrás, con el miedo dibujándose en las comisuras.

—¿Piensa quedarse aquí parado toda la noche, señor?

—No sé qué voy a hacer. Estaba pensando en arrojarte por ese acantilado.

Las luces brillaron a través del parabrisas trasero, bañaron la carretera y nos adelantaron. En el segundo que pude mirarla bien la vi rígida, con la cara congelada e inexpresiva. Cuando ya solo se veían los puntitos rojos de los faros traseros frente a nosotros, exhaló y se reclinó en el asiento.

En cierto sentido era guapa, aunque su cara era más interesante que bonita. Ojos separados, boca grande y pelo rubio oscuro que caía sobre sus hombros como mantequilla derretida. El resto estaba envuelto en una gabardina entallada sujeta a la cintura y la recordé de pie en la carretera, como algo surgido repentinamente en un sueño. Una vikinga, Una maldita vikinga chiflada.

Volví a encender el motor, subí las marchas y me agarré con fuerza al volante hasta que mi cerebro empezó a funcionar correctamente. Es normal tener accidentes. Casi puedes esperarlos cuando vas a cien por una carretera de montaña, Pero nadie espera una vikinga surgiendo de la oscuridad cuando doblas una curva. Abrí la ventanilla y respiré el aire fresco.

—¿Cómo has llegado aquí arriba?

—¿Tú qué crees?

—Que te han abandonado aquí —la miré fugazmente y vi que se pasaba la lengua por los labios—. Que elegiste el chico equivocado para salir.

—La próxima tendré más cuidado.

—Si repites lo de antes, no habrá próxima vez. Has estado jodidamente cerca de acabar como mural en esa ladera.

—Gracias por el consejo —dijo sarcásticamente—. Tendré más cuidado.

—Me da lo mismo lo que hagas, siempre que no acabes incrustada en mi radiador.

Se quitó el cigarrillo de los labios y lanzó el humo hacia el parabrisas.

—Mira, te agradezco que me lleves. Siento haberte dado un susto de muerte. Pero, si no te importa, ¿por qué no te callas y me llevas a algún sitio? ¿O me dejas bajar?

Mi boca esbozó una sonrisa. Una mujer con aquel carácter podía haber vuelto lo bastante loco a cualquier tipo para dejarla tirada en la carretera.

—Vale, chica —dije—. Ahora me toca a mí disculparme. Este es un sitio infernal para perderse y supongo que yo habría hecho lo mismo. Más o menos. ¿Adónde quieres ir?

—¿Adónde vas tú?

—A Nueva York.

—Muy bien, allí voy.

—Es una gran ciudad, chiquilla. Dime dónde quieres que te deje.

Su mirada se enfrió. Aquella expresión gélida regresó a su cara.

—En cualquier estación de metro. La primera que encuentres.

Su tono borró mi sonrisa. Doblé otra curva y entré en un tramo recto, apretando el acelerador.

—Maldita chica fácil. ¿Crees que todos los chicos son iguales?

—Yo...

—Cállate.

Podía sentir que me estaba mirando. Noté cuándo bajaba la mirada hacia sus rodillas y cuándo volvía a mirarme. Empezó a decir algo pero cerró la boca. Se giró para mirar la oscuridad nocturna por la ventanilla y se secó los ojos con una mano. Déjala que llore. A lo mejor aprende a ser un poco más educada.

Otro coche llegó por detrás de nosotros. Ella lo vio primero y apretó la espalda contra el respaldo del asiento hasta que nos adelantó. Bajó por la larga pendiente que teníamos delante, hasta que los faros traseros se perdieron y se fundieron con el laberinto de neones que brillaba en la ciudad que teníamos a nuestros pies.

Los neumáticos chirriaron en una curva y la fuerza del giro la hizo inclinarse en el asiento hasta que nuestros hombros se tocaron. Se apartó y se agarró fuerte hasta que el coche volvió a enderezar el rumbo al salir de la curva. La miré, pero ella seguía mirando por la ventana, impertérrita.

Reduje hasta los setenta y cinco kilómetros hora al acercarme a la ciudad, después hasta cincuenta y de ahí no bajé. El letrero de la carretera decía HANFIELD, POBL. 3600, LÍMITE DE VELOCIDAD 45 KM/H. Unos cuatrocientos metros más adelante, en la autopista, una luz intermitente parpadeó y pisé el freno. Había un coche de policía en medio de la carretera, con dos agentes uniformados junto a él, examinando a los coches que se aproximaban. El coche que nos había adelantado estaba recibiendo permiso para continuar y una linterna me hacía señas para que me detuviese.

Problemas. Como humo sobre un montón de hielo seco. No puedes olerlo pero puedes verlo hirviendo y derramándose sobre cosas y saber que pronto se resquebrajará algo y se hundirá por la fuerza de la espantosa contracción. Miré a la chica y estaba completamente inmóvil y rígida, con los labios tan apretados que se le veían los dientes y un grito contenido en la garganta listo para salir.

Me asomé por la ventanilla antes de llegar al poli y recibí toda la luz de la linterna en la cara hasta que la bajó.

—¿Algún problema, agente?

Llevaba la gorra tirada hacia atrás y un cigarrillo colgando de la boca. Su arma pendía al estilo vaquero y apoyaba la mano sobre la culata teatralmente.

—¿De dónde viene, amigo?

Aquel tipo era un auténtico poli. Me pregunté cuánto habría pagado por su nombramiento.

—Vengo de Albany, agente. ¿Qué pasa?

—¿Ha visto alguien por la carretera? ¿Algún autoestopista?

Sentí la mano de ella sobre la mía antes de responder. La cerré y apreté con una calidez y urgencia repentina. Con un movimiento rápido había tirado de mi mano y la había metido bajo su gabardina, estaba sintiendo la carne desnuda de su muslo, suave y redondo, y cuando mis dedos se pusieron rígidos ante aquel tacto pensó que titubeaba, subió su mano hasta mi antebrazo y acercó la mía hacia su cuerpo, en un gesto inconfundible que potenció cerrando las piernas para sujetarla allí.

—No he visto nada, agente —dije—. Mi mujer y yo hemos estado despiertos todo el camino y de haber habido alguien lo habríamos visto. Puede que se marchase antes de que pasáramos.

—No ha pasado nadie antes, amigo.

—¿A quién están buscando?

—Una mujer. Escapó de un sanatorio del estado y consiguió que un camionero la llevase hasta un restaurante. Apareció una descripción suya en la televisión, salió apresuradamente y desapareció.

—Vaya, parece serio. No me gustaría recogerla. ¿Es peligrosa?

—Todos los locos son peligrosos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Rubia y alta. Es todo lo que sabemos. Parece que nadie recuerda qué llevaba puesto.

—Oh. Bueno, ¿puedo marcharme?

—Sí, vamos, lárguese.

Volvió andando al coche patrulla y yo levanté el pie del embrague. Retiré mi mano lentamente, sin apartar la vista de la carretera. Cruzamos la ciudad rápidamente y al salir volví a apretar el gas a fondo.

Esta vez subió su mano por mi brazo y se deslizó en el asiento hasta quedar pegada a mí. Le dije:

—Vuelve allí de dónde vienes, hermana. Este numerito no era necesario.

—Lo he hecho porque me apetecía.

—Gracias. Pero no era necesario.

—No tienes que dejarme en una estación de metro si no quieres.

—Sí, quiero.

Su pie apartó el mío del pedal del acelerador y el coche perdió impulso.

—Mira —me dijo y giré la cabeza. Tenía la gabardina abierta y me estaba sonriendo. Solo llevaba la gabardina, por lo demás iba completamente desnuda. Una vikinga con piel de satén. Una invitación a explorar las curvas y valles escondidos en las sombras, que se movían con su respiración. Se retorció en el asiento, sus piernas hicieron un gesto maravillosamente obsceno y volvió a sonreír.

En aquel momento me resultó familiar. No tanto ella como su sonrisa. Una sonrisa forzada y profesional que parecía cálida como el fuego pero que no lo era en absoluto. Alagué la mano y le cerré la gabardina.

—Vas a tomar frío —le dije.

La sonrisa se torció en su boca.

—¿Acaso tienes miedo porque crees que no estoy completamente cuerda?

—Eso me trae sin cuidado. Ahora cállate.

—No. ¿Por qué no se lo has dicho, entonces?

—Una vez, cuando era niño, vi un perrero a punto de cazar a un perro. Le di una patada en la espinilla, recogí al perrito y escapé corriendo. El maldito chucho me mordió y huyó pero aun así me alegré de lo que había hecho.

—Entiendo. Pero te has creído a ese tipo.

—Nadie que se abalance sobre un coche está demasiado cuerdo. Ahora cállate.

La sonrisa se torció un poco más, como si no fuese forzada. La miré, sonreí por lo que había pasado y negué con la cabeza.

—He conocido muchas chicas especiales —dije.

—¿Qué?

—Nada —me desvié hacia el brillo apagado del neón de una estación de servicio y fui a los surtidores de gasolina. Salió un chico del edificio frotándose los ojos y le dije que me llenase el depósito. Tuve que bajar para abrírselo y oí que su puerta se abría y cerraba con un portazo. La rubia fue hacia el edificio, entró y no volvió hasta que estaba pagando al chico.

Cuando volvió a subir al coche había algo nuevo en ella. Su cara se había suavizado y su frialdad se había disipado hasta parecer relajada. Otro coche nos adelantó cuando volvimos a la carretera, pero esta vez no le prestó ninguna atención. La gabardina volvía a estar cerrada y la leve sonrisa que me dedicó fue real. Apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

No entendí nada. Lo único que sabía era que, en cuanto llegase a la ciudad, pensaba parar en la primera estación de metro que viera, abrir la puerta, despedirme y después leer los periódicos hasta enterarme que alguien la había llevado de vuelta al sanatorio. Esa era la idea. Deseaba poder cumplirla. Lo único que sentía era que los problemas me envolvían, como humo sobre hielo seco.

Pasó cinco minutos sentada, mirando el arcén, y dijo:

—¿Un cigarrillo? —le di uno y apreté el encendedor del salpicadero. Cuando lo encendió, dio una calada profunda

y miró el humo gris salir por la ventanilla—. ¿Te estás preguntando de qué va todo esto? —me preguntó.

—La verdad es que no.

—Estaba... —titubeó—, en un sanatorio —la segunda calada hizo que el cigarrillo casi se le consumiera en los dedos—. Me llevaron por la fuerza. Me quitaron la ropa para que no pudiese marcharme.

Asentí como si lo entendiese.

Ella sacudió la cabeza lentamente, comprendiendo mi gesto.

—Quizá encuentre a alguien que me entienda. Pensaba que podías... ser tú.

Iba a decir algo, Pero no me salieron las palabras. La luna, que había estado escondida tras las nubes, asomó lo suficiente para bañar la tierra con una ducha rápida de amarillo pálido que proyectó sombras asombrosamente largas sobre la carretera. Y entre aquellos dedos oscuros había uno que parecía más oscuro y que se movía con sacudidas y rugía hasta convertirse en un sedán negro que se cruzó ante nosotros. Por segunda vez oí el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto y después otro aullido, no de neumáticos sino de metal chocando con metal con un sonido desgarrador mientras los cristales rotos creaban incongruentes destellos musicales sobre él.

Abrí la puerta de una patada y salí del coche justo a tiempo de ver a los hombres que bajaban del vehículo. Los problemas nos rodeaban y era imposible escapar de ellos, Pero no esperaba que fuesen tan graves. La pistola en manos del tipo escupió una lengua de fuego que atravesó la noche y el aullido llorón de la bala imitó al que seguía sonando a mi espalda.

No volvió a disparar porque mi puño le partió la cara. Fui por el que había detrás mientras algo siseaba en el aire, tras mi cabeza, volvía a sisear y chocaba sordamente contra mis hombros. Alargué un brazo y me volví para alcanzarlo con una patada. Pero fue demasiado tarde. Se oyó otro si-

seo y algo me alcanzó en la frente. Por un segundo, antes de que el tiempo y la distancia desaparecieran, pensé que iba a sentirme muy mal y el odio que me despertaban aquellos cabrones emanaba de mi piel como sudor.

No me quedé allí tirado mucho tiempo. El dolor que me retumbaba en la cabeza era demasiado intenso y condenadamente profundo. Era un dolor fuerte y punzante que me golpeaba los oídos con cada latido, enviando una cegadora luz blanca que centelleaba en mis ojos, aunque los tenía completamente cerrados.

Tras todo aquello había gritos amortiguados, sollozos entrecortados, cadencia de voces duras y airadas que escuchaban palabras que al principio no podía distinguir. El motor de un coche se coló entre aquellos ruidos y oí más metal chocando con metal. Intenté levantarme pero no podía moverme. Estaba inerte. Cuando recuperé la movilidad no fue por mi voluntad sino porque unos brazos me recogieron por la cintura. Mis pies y manos rozaron el frío asfalto. En algún momento los gritos se detuvieron, las voces cesaron y empezó a dibujarse una especie de patrón en sus actos.

En momentos como esos no piensas en nada. Primero intentas recordar, ordenar lo sucedido hasta llegar a ese punto, colocar las piezas en su sitio para poder mirarlas y analizarlas con una especie de asombro perplejo saturado de dolor, intentando encontrarles principio y final. Pero nada tiene sentido, lo único que sientes es una locura y un odio que crecen hasta convertirse en un frenesí terrible que llega a borrar el dolor y deseas matar a alguien con tantas fuerzas que te arde el cerebro. Entonces te das cuenta de que tampoco puedes hacerlo y el fuego estalla en la conciencia y puedes volver a pensar.

Me habían dejado en el suelo. Allí estaban mis pies y manos, mis miembros entumecidos frente a mi cuerpo. Tenía el reverso de las manos y las mangas rojas y pegajosas. Además de un gusto pegajoso en la boca. Algo se movió y un par de zapatos aparecieron ante mi vista, por lo que su-

pe que no estaba solo. El suelo se extendía frente a mí hasta otros zapatos y pantorrillas. Unos zapatos brillantes cubiertos de una capa de polvo. Uno con una grieta en el dedo gordo. Cuatro pares de pies distintos, apuntados todos en la misma dirección. Y cuando mis ojos los siguieron la vi en una silla y pude observar lo que le estaban haciendo.

Ya no llevaba la gabardina y su piel tenía una blancura impía, salpicada de colores más intensos. Estaba tirada sobre la silla y hacía unos sonidos lastimeros incontrolados con la boca. La mano de los alicates le hizo algo espantoso y su boca se abrió, sin emitir sonido alguno.

Una voz dijo:

—Basta. Ya basta.

—Aún puede hablar —respondió el otro.

—No, ya está liquidada. Lo he visto antes. Hemos sido tontos llegando tan lejos, pero no teníamos elección.

—Escucha...

—Soy yo el que da las órdenes. Tú límitate a obedecerlas.

Los pies se alejaron un poco.

—Muy bien, adelante, Pero seguimos sabiendo lo mismo que sabíamos.

—Está bien así. Aún sabemos más que nadie. Hay mucha gente tras ello y como mínimo sabemos que no hablará con la equivocada. Ahora tenemos que librarnos de ella. ¿Está todo listo?

—Sí —dijo alguien con desdén—. ¿El tipo también?

—Naturalmente. Llevadlos a la carretera.

—Es una lástima vestirla.

—Eres un cerdo. Haz lo que te digo. Vosotros dos, ayudadlo. Ya hemos perdido bastante tiempo con esta operación.

Pude notar que mi boca intentaba emitir algunas palabras, pero todos los insultos que se me ocurrían quedaron atrapados en mi garganta. Ni siquiera podía levantar la vista por encima de sus rodillas para ver sus caras, solo podía

oír todo lo que decían y dejar que el sonido de sus voces penetrara en mis oídos, así no necesitaría mirar sus caras cuando volviera a oírlos y sabría que estaba matando a los tipos correctos. ¡Aquellos cabrones, malditos cabrones!

Unas manos pasaron bajo mis rodillas y hombros y por un segundo pensé que podría ver lo que quería ver, pero el odio que sentía hizo que la sangre se me subiese a la cabeza, trayendo de vuelta el dolor, y fue como si me hubiesen envuelto la cabeza con una cortina negra. Cuando esta se apartó dubitativamente, vi mi coche en el arcén, con la parte trasera subida sobre un gato y balizas rojas delante y detrás.

Me pareció muy hábil, muy inteligente por su parte. Si alguien pasaba vería un coche en apuros, con las señales de emergencia correctamente colocadas y sin conductor, que lógicamente habría ido a buscar ayuda a la ciudad. Nadie se detendría a echar un vistazo. Mi pensamiento se oscureció tan rápidamente como había regresado.

Era como un sueño del que despiertas porque estás durmiendo incómodo. Un despertar forzado de esos que duelen y te oyes gruñir mientras intentas ponerte de pie. Después te espabilas brusca y totalmente al darte cuenta de que no es una pesadilla sino algo real y espantoso.

Ella iba conmigo en el coche, con la gabardina abierta enmarcando su desnudez. Tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y miraba hacia el techo con ojos ciegos. Se movió y cayó sobre mí.

¡Pero no estaba viva! ¡Era el coche el que se movía, como si algo lo empujase por detrás!

De alguna manera conseguí levantar la cabeza y mirar por encima del volante hacia el destello de luz que tenía delante. Vi el borde del acantilado a unos pasos y cuando fui a abrir la puerta las ruedas se metieron por el hueco recién hecho en el muro de contención y el morro quedó colgando sobre un vacío espeluznante.

CAPÍTULO 2

—**M**ike...
Volví la cabeza hacia el sonido. El movimiento trajo una descarga de truenos silenciosos, como olas rompiendo en una playa. Volví a oír mi nombre, esta vez con más claridad.

—Mike...

Mis ojos se abrieron. La luz me hacía daño pero no los cerré. Por un minuto ella no fue más que un borrón oscuro, después los bordes difusos se aclararon y el borrón se hizo precioso.

—Hola, gatita —dije.

La boca de Velda se abrió con una sonrisa lenta y cargada de toda la felicidad del mundo.

—Me alegro de volver a verte, Mike.

—Es... agradable estar de vuelta. Me sorprende... estar aquí.

—No eres el único sorprendido.

—Yo...

—No hables. El doctor ha dicho que no intentases hablar si te despertabas. O me echará.

Probé a sonreírle y puso su mano sobre la mía. Era cálida y suave y hacía una leve presión que me decía que todo iba bien. La sostuve un buen rato y no sé si llegó a retirarla porque allí seguía cuando volví a despertarme.

El doctor era un hombre bajito y eficiente que me examinaba con dedos firmes mientras observaba la expresión de mi cara. Pareció desenrollar metros de esparadrapo y

vendas, y se marchó, aparentemente satisfecho, como si acabase de esculpirme.

Antes de cerrar la puerta se dio la vuelta, se miró el reloj y dijo:

—Media hora, señorita. Quiero que siga durmiendo.

Velda asintió y me apretó la mano.

—¿Te encuentras mejor?

—Más o menos.

—Pat está fuera. ¿Quieres que le haga pasar?

Pat era un buen chico, un buen poli, pero su humor era cada vez peor. Al asimilar sus palabras noté que se me arrugaba la frente bajo la especie de turbante que llevaba.

—¿Tres días?

Asintió y se acomodó en la butaca que había junto a la cama.

—Llegaste el lunes y estamos a jueves.

—¡Caray!

—Te entiendo.

Miró a Velda. Una mirada rápida que escondía algo que se me escapó. Ella se mordió los labios, sus dientes brillaron sobre el violeta de su boca, y asintió.

Pat dijo:

—¿Recuerdas qué pasó, Mike?

Conocía aquel tono. Intentaba disimular pero no lo consiguió. Era el tono suave de cuando había problemas, falsamente desenfadado, directo e inconfundible. Pat supo que lo había notado y bajó la vista mientras se toqueteaba el abrigo.

—Lo recuerdo.

—¿Te importaría contármelo?

—¿Por qué?

Esta vez intentó mostrarse sorprendido. Tampoco funcionó.

—Por nada.

—Tuve un accidente, nada más.

—¿Nada más?